

# Los movimientos sociales más allá del giro cultural: apuntes sobre la recuperación de las emociones

## *Social Movements Beyond the Cultural Turn: Outline on the Rediscovery of Emotions*

Marta LATORRE CATALÁN

Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Universidad Complutense de Madrid  
*mlatorre@cps.ucm.es*

Recibido: 27.02.05

Aprobado: 17.05.05

### RESUMEN

Este trabajo aborda y presenta algunas de las últimas aportaciones en torno al redescubrimiento de las emociones en el estudio de los movimientos sociales, al hilo de las propuestas recientes en torno a los nuevos análisis culturales de la política posteriores a lo que se ha venido llamando el «giro cultural» y como respuesta a los modelos estructurales que han dominado el análisis de la acción colectiva en las últimas décadas.

**PALABRAS CLAVE:** movimientos sociales, giro cultural, emociones, teoría del proceso político, análisis cultural de la política

### ABSTRACT

This work deals with and presents some of the last approaches about the rediscovery of emotions in the study of social movements, bound to recent proposals around new cultural analysis of politics after what has been called the «cultural turn» and as a response to structural models that have dominated analysis of collective action for the last decades.

**KEY WORDS:** social movements, cultural turn, emotions, political process theory, cultural analysis of politics

## 1. INTRODUCCIÓN

En uno de sus numerosos trabajos conjuntos<sup>1</sup>, Jeff Goodwin y James Jasper (dos de los máximos representantes, como veremos más adelante, de lo que podríamos llamar la crítica *cultural* a los modelos y paradigmas dominantes en el estudio de los movimientos sociales), escribían lo siguiente: «Las críticas teóricas son como los sociópatas: sus impulsos agresivos son pocas veces equilibrados con instintos constructivos»<sup>2</sup>. Para añadir a continuación una breve receta con los puntos principales de su propuesta para el análisis de los movimientos sociales. No van desencaminados Goodwin y Jasper con su símil psicopático a juzgar por la agresividad y desproporcionalidad con la que a menudo se realiza la crítica desde las ciencias sociales.

Vamos a examinar en estas páginas, entre otras cosas, si ese ha sido el caso de algunas de las aportaciones (fundamentalmente teóricas) más recientes en el campo de los movimientos sociales. Más concretamente, vamos a hacer una lectura crítica de algunas de las últimas y más significativas propuestas (*culturalistas*) de análisis en este terreno, especialmente en torno a las emociones, dando cuenta tanto de los críticas lanzadas contra otros modelos y teorías como de sus propias aportaciones teóricas.

Marca el punto de inflexión —no tanto temporal (aunque también) como teórico— lo que se ha venido llamando el «giro cultural» experimentado por algunas de las disciplinas de las ciencias sociales (y algunas otras afines, como la lingüística o la historia) a partir de los años ochenta del pasado siglo, en buena medida como respuesta a los excesos positivistas y economicistas de las décadas anteriores. Se trataría, pues, de defender el análisis cultural de la sociedad y la política y, en definitiva, del «retorno de la cultura a un primer plano»<sup>3</sup>, podríamos afirmar que tras años de olvido académico, «ninguno» teórico y reducción de la cultura a categoría residual desde el punto de vista explicativo.

Ligado el giro cultural también a importantes debates epistemológicos y a discusiones sobre el propio papel de las ciencias humanas en las sociedades contemporáneas, algunos abanderados del mismo han subrayado no sólo su desacuerdo acerca del paradigma que guíe y organice la investigación social, sino que también han discutido la conveniencia de que la investigación se organice bajo su amparo e, incluso, si un paradigma unificado es algo positivo (Bonnell y Hunt, 1999: 1), a lo que volveremos más adelante al examinar las críticas de los analistas de los movimientos sociales a los grandes esquemas omnicomprendidos que han acompañado el estudio de la acción colectiva en las últimas décadas.

El análisis cultural de la política y, de manera más amplia, el estudio de lo que podríamos amparar bajo la rúbrica de «cultura y política» ha encontrado en fechas recientes tanto una mayor acogida académica e institucional como área de trabajo, como un desarrollo creciente en cuanto a sus propuestas teóricas y de investigación, aunque persistan escollos importantes en relación con ambos aspectos.

A mediados de los años noventa M. Berezin (1994) publicó un trabajo en el que revisaba, de manera preliminar, la investigación que se estaba llevando a cabo sobre cultura y política (y que titulaba de manera muy significativa «terreno con fisuras»<sup>4</sup>) en el que afirmaba que, por entonces, el discurso académico comenzaba a unir las palabras «política» y «cultura» con mayor frecuencia que precisión analítica<sup>5</sup>. Algunos de los primeros trabajos en el área (y aún todavía parece ser un riesgo no desaparecido) eran inseparables de la ambigüedad conceptual, aunque este obstáculo parecía suplirse o, mejor, compensarse con un derroche de voluntad por resaltar la importancia del binomio cultura-política y de comprender cómo ambos elementos interactúan.

Tres años después, Berezin (1997) tituló un artículo «Política y cultura: un terreno con

<sup>1</sup> Tan frecuente y tan estrecha es su colaboración que en una respuesta crítica de Charles Tilly a algunos de los presupuestos de su trabajo éste acuñó (sospecho que no sin cierta burla) el diminutivo de «Jaswin» para referirse a Jasper y Goodwin.

<sup>2</sup> En Goodwin, J. y Jasper, J. M. (1999).

<sup>3</sup> Véase Morán (1996).

<sup>4</sup> Berezin, M. (1994): «Fissured terrain: methodological approaches and research styles in culture and politics», en Crane, D. (ed.): *The sociology of culture*, London, Basil Blackwell: 91-116.

<sup>5</sup> Al tiempo que advertía de la conveniencia para los sociólogos de protegerse frente a las seducciones del giro lingüístico y no fiarse de la idea (influida más por la teoría literaria que social) de que las representaciones del poder equivalen a la realidad del poder (Berezin, 1997).

menos fisuras» en el que daba cuenta, precisamente y de forma tan gráfica, de un panorama menos agrietado que el de unos pocos años atrás e incluso se atrevía a calificar de cambio radical lo sucedido en ese breve período de tiempo. No iba desencaminada la autora a juzgar, entre otras cosas, por algunas de las pistas que nos proporcionaba en relación con (i) la creciente identificación como sub-campo de estudio (por ejemplo, en diferentes secciones de las asociaciones internacionales de sociología); (ii) el respaldo editorial, con la consecuente aparición de colecciones dedicadas específicamente a asuntos sobre cultura y política; y (iii) la paulatina consolidación de algunas áreas de investigación que, en el terreno de la sociología, hubieran sufrido ese punto de inflexión en torno al rescate del análisis cultural (entre éstas, Berezin cita la cultura política, las instituciones —y dentro de este apartado sitúa la ciudadanía—, la comunicación política y la acción colectiva)<sup>6</sup>. En cualquier caso, también señalaba la autora que esa esfera de cultura y política era todavía un terreno fronterizo (y, como tal, lugar de innovación), de prometedoras direcciones para el futuro, pero siendo todavía un mapa sin definir de manera muy precisa, con un gran eclecticismo empírico y la ausencia de grandes marcos de explicación (Berezin, 1997).

El eclecticismo empírico y la indefinición o imprecisión analítica y conceptual son algunos de los principales riesgos con los que todavía lidian algunas de las propuestas de análisis cultural en el terreno de los movimientos sociales. En primer lugar y de manera ineludible nos topamos de frente con la ingente discusión teórica acerca de lo que es (y no es) la cultura, es decir, qué elementos se abordan cuando nos referimos a aquello de situar de nuevo a la cultura en el punto de mira<sup>7</sup>. Sin embargo, sí debemos delimitar los aspectos que estas corrientes recientes de análisis de los movimientos sociales sitúan bajo esa *etiqueta* cultural y hacia los que

pretenden escorar el peso de la investigación en esta área. Y se acercan mucho a los que Bonnell y Hunt engloban en el concepto de cultura que ofrecen: «entendido en un sentido amplio, que abarca el estudio de las mentalidades, ideología, símbolos y rituales y la alta cultura y la popular»<sup>8</sup>. Completando esa generosa definición con lo que Jasper incluye como componentes analíticamente separables de la cultura: cognición, moral y emociones (Jasper, 1997), podemos hacernos una idea más precisa de los elementos que las nuevas teorías de los movimientos sociales han rescatado (y reivindicado) para su estudio en los últimos años.

La forma en que se han introducido esos elementos, particularmente en el caso de las emociones, en el estudio de los movimientos sociales es lo que vamos a abordar en las páginas que siguen. Pero antes de nada, veamos sobre qué *cenizas* (de haberlas) han pretendido cimentar su propuesta en el ámbito teórico y analítico.

## 2. LAS LIMITACIONES DE LA TEORÍA DEL PROCESO POLÍTICO

Quienes en los últimos años han defendido una investigación de los movimientos sociales *culturalmente orientada* (en palabras de Jasper) y han abogado enérgicamente por la introducción de muchos de los elementos culturales ya mencionados (y algunos otros, quizás) en el análisis teórico y empírico de los movimientos sociales y de la protesta lo han hecho, en buena medida, en oposición a los modelos y teorías explicativas de carácter estructural que han dominado el panorama en las dos últimas décadas. La mayor parte de sus críticas han ido dirigidas, por tanto, a las teorías de la movilización de recursos, primero, y del proceso político, después y en mayor medida, que es reconocida por sus críticos como el paradigma hegemónico

<sup>6</sup> Creo que es pertinente introducir aquí un comentario referido al peso y el protagonismo que han tenido —y tienen— los Estados Unidos como escenario de estos debates emergentes. Queden, pues, disipadas las maliciosas acusaciones si a lo largo de estas páginas giramos la vista hacia allí con enorme frecuencia y algún lector piensa que estas cuestiones nos son ajenas en otras latitudes (que no lo son).

<sup>7</sup> La magnitud de esa tarea excede sin duda el propósito de este trabajo. Remito, pues, a quienes han abordado con mayor competencia que la de estas páginas la labor de explicar, en definitiva, a qué nos referimos cuando hablamos de cultura.

<sup>8</sup> Así quedaba recogido en el anuncio original que abría en 1984 la colección editorial dirigida por las propias autoras sobre «Estudios sobre la historia de la sociedad y la cultura» (de California University Press), luego mencionado en el Prefacio del libro (citado en la bibliografía) *Beyond the cultural turn*, del que aquí precisamente tomamos prestado parte del título.

entre los analistas de los movimientos sociales hoy en día (Goodwin y Jasper, 1999: 27; Morris, 2004)<sup>9</sup>. Veamos, pues, a continuación hacia qué aspectos de la teoría del proceso político han conducido sus dardos, con el objeto de comprender más acertadamente las principales aportaciones de estas voces críticas, fundamentalmente las de quienes podemos considerar que las han liderado, Jeff Goodwin y James Jasper.

En primer lugar y quizás por encima de cualquier otra crítica (en el sentido de que es concebido como una enmienda total, podríamos decir, a la teoría del proceso político como tal) Goodwin y Jasper cuestionan no sólo la validez sino también el carácter omnicompreensivo y *omniexplicativo* de la teoría del proceso político, a la que critican por haberse erigido (y aupado, digamos, por sus defensores) en paradigma hegemónico en el estudio de los movimientos sociales. Abogan por explicaciones causales basadas en mecanismos a pequeña escala y en teorías de rango medio en lugar de aquéllas con pretensiones de universalidad (Goodwin y Jasper, 2004: 75). No pretenden, por consiguiente, entrar en una «guerra de paradigmas» o de modelos explicativos y presentar su propuesta alternativa, sino más bien declarar una auténtica «guerra al paradigma»<sup>10</sup>, a la teoría general, al modelo invariable que todo lo explica (en todo momento, en todo lugar: con independencia del contexto espacial, temporal, histórico, etc.)<sup>11</sup>. Critican la rigidez del paradigma y, en ese sentido, su incapacidad para dar cabida a una multiplicidad de mecanismos causales que den cuenta del caso concreto de estudio, especialmente aquellos habitualmente ajenos al modelo explicativo. Podríamos decir que para Goodwin y Jasper el mejor paradigma es aquél que no existe. No están, por tanto, interesados en *reparar* el paradigma (de lo que les *acusa*, por ejemplo, Meyer: 2004), sino más bien en limitar las pretensiones de la teoría del proceso político como paradigma, «devolviéndole una

vida más útil como conjunto de importantes mecanismos causales entre tantos otros», al considerar que el gran problema de la teoría del proceso político es la «inflación de unos pocos factores y conceptos importantes en un completo enfoque o paradigma, con su propio nombre» (Goodwin y Jasper, 2004: 84).

Estrechamente relacionado con este proceso de inflación de conceptos y factores se encuentra, precisamente, la que constituye otra de las críticas a la teoría del proceso político, a saber: la hiper-utilización y de algún modo, por tanto, también desvirtuación de la noción central de oportunidad política. En sus formulaciones originales, los valedores de la teoría del proceso político defendían que *los movimientos sociales surgían como consecuencia de oportunidades políticas en expansión*. Sin embargo, se ha criticado pródigamente que el ensanchamiento de dicho concepto ha acabado por convertir todo, o casi todo, en oportunidad política. Una extensión que va probablemente unida a cierta ambigüedad y falta de precisión conceptual en algunos trabajos. En el conocido *Poder en movimiento* Tarrow escribe que la gente se une a los movimientos sociales en respuesta a oportunidades políticas y entonces, a través de la acción colectiva, crea nuevas oportunidades (Tarrow, 1994). Y en términos analíticos el mayor problema que se desprende de semejante inflación del concepto es, lógicamente, que pierde valor explicativo, pues como expresan Goodwin y Jasper, «en el mundo de *Alicia en el país de las maravillas* que es la teoría del proceso político, incluso las amenazas, los obstáculos legales, los contra-movimientos y la represión son a veces conceptualizados como “oportunidades”» (Goodwin y Jasper, 2004b: 83). Estos autores critican a Tarrow que, precisamente, *desate* la formulación original de la teoría, más estrecha y restringida, al enfatizar que los movimientos sociales, una vez que han surgido, pueden por sí mismos expandir más allá las oportu-

<sup>9</sup> Como indican los autores, «la teoría del proceso políticos puede ser criticada, pero no ignorada», pues domina el campo de investigación de los movimientos sociales a través del desarrollo del panorama conceptual, el discurso teórico y la agenda de investigación (Goodwin y Jasper, 1999).

<sup>10</sup> «Guerreros del paradigma» titula precisamente Sydney Tarrow un breve artículo refiriéndose a Goodwin y Jasper y a su crítica, arriba expuesta, al tiempo que expresa los riesgos que entraña esa *guerra al paradigma* (Tarrow, 2004).

<sup>11</sup> Algunas de las críticas desde países en desarrollo a los modelos dominantes de estudio de los movimientos sociales están relacionadas con esta pretensión de universalidad y a-contextualización de la teoría. También encuentra, de alguna manera, un escollo en la fractura histórica que marca la diferencia de mecanismos causales en el análisis de lo que Goodwin y Jasper llaman «movimientos de ciudadanía» y «movimientos de post-ciudadanía» (Goodwin y Jasper, 2004), similar a la distinción que hace Koopmans entre movimientos «políticos» y «contraculturales» (Koopmans, 1995).

nidades políticas que supuestamente dieron lugar a la movilización en un primer momento (Goodwin y Jasper, 1999). Podemos afirmar que la postura de Goodwin y Jasper es muy acertada, como mínimo, en un sentido: en el de subrayar el riesgo (en términos de validez, fundamentalmente) que constituye agrandar el principal concepto y variable explicativa hasta semejantes límites, hasta convertirlo en un auténtico comodín. Pues podemos preguntarnos, con razón: si *todo* puede ser (o puede ser concebido como) oportunidad política, ¿qué explican éstas?, ¿cómo vamos a considerarlas *necesarias* para la emergencia (o desarrollo) de un movimiento social?<sup>12</sup>

Además de las críticas que, de alguna manera, pretenden desmontar el modelo del proceso político como tal (dirigiéndose principalmente hacia los cimientos explicativos de la teoría), son numerosas las voces de quienes consideran que la hegemonía de la teoría del proceso político y los propios presupuestos de ésta han conseguido estrechar la agenda de la investigación en el campo de los movimientos sociales, en cuanto a temas y aspectos a estudiar. En concreto, reduciéndose a cuestiones de emergencia, declive y resultados de los movimientos y dirigiéndose «hacia el estudio del entorno externo del movimiento para ver cómo las oportunidades políticas cambiantes (en interacción con recursos y marcos) afectan a las trayectorias del movimiento» (Gould, 2004: 157). Nos recuerda Gould algo que, por muy obvio que parezca y que hayamos observado con frecuencia en cualquier área de conocimiento, no deja de ser relevante: mientras los modelos preponderantes nos sensibilizan con un conjunto de cuestiones y enfoques, también aniquilan otras vías de investigación. El trabajo desarrollado por los teóricos del proceso político habría sido, en este sentido, abundante y fructífero aunque *pagando el precio* del olvido o el rechazo de aspectos y orien-

taciones fundamentales en el estudio de los movimientos sociales, como, por ejemplo, la sostenibilidad del movimiento, los conflictos internos, las líneas de fractura ideológica, los rituales y otros tantos, al privilegiar de tal manera esos elementos de emergencia y declive de los movimientos ya mencionados (Gould, 2004).<sup>13</sup>

De este panorama se desprende el interés creciente por abordar diferentes (*nuevas*, en cierto modo, o recuperadas) dimensiones de los movimientos sociales así como distintos factores explicativos que den cuenta tanto de éstas como de las también examinadas por la teoría del proceso político.

### 3. EL REDESCUBRIMIENTO DE ESE ELEMENTO OLVIDADO

Este abordaje de las nuevas perspectivas de estudio de los movimientos sociales se centra, primordialmente, en el terreno de las emociones fundamentalmente por dos motivos. De un lado, una razón que podríamos denominar de insuficiencia: por la llamativa escasez de trabajos que habiéndose acercado recientemente al análisis teórico de los movimientos sociales hayan abordado el tema de las emociones, es decir, por ser todavía un terreno bastante desconocido. Aunque no es generalizable esta ausencia a otras dimensiones culturales de la acción colectiva en su conjunto que sí han gozado de un protagonismo mayor en los últimos años, como ha sido el caso de la extensa literatura desarrollada sobre identidad y, en menor medida, ideología<sup>14</sup>. De otro lado, porque algunas de las aportaciones recientes más sugestivas e interesantes se sitúan cercanas a esa llamada por la reintroducción de las emociones en el estudio de la acción social y, en concreto, de la acción colectiva, y sus autores reclaman la centralidad de las emociones para

<sup>12</sup> Por otro lado, cuando algún autor cercano a la teoría del proceso político ha intentado, como McAdam, establecer una «lista de alto consenso de dimensiones de oportunidad política», no ha encontrado una buena acogida o, al menos, no ha sido incorporada por autores cercanos a la teoría ni, en cierto modo, por sus propios colaboradores. Las dimensiones que incluía McAdam en su «lista» eran las siguientes: la relativa apertura o cierre del sistema político institucionalizado; la estabilidad o inestabilidad del conjunto de alineamientos en las élites que sostienen la organización política; la presencia o ausencia de aliados en las élites; la capacidad y propensión del estado para la represión (McAdam, 1996: 27).

<sup>13</sup> Y aun para explicar dichos aspectos del movimiento social, los críticos de la teoría del proceso político abogan por la introducción de nuevos factores, como las emociones. Véase Goodwin, J., Jasper, J. M. y Polletta, F. (2001).

<sup>14</sup> Por ejemplo, toda la literatura desarrollada por la que se llamó teoría de los «nuevos» movimientos sociales y a la que, por tanto, me remito. Especialmente y para los aspectos relacionados con la construcción de identidades colectivas, la obra de quien probablemente aportó las propuestas más valiosas, A. Melucci.



comprender aspectos fundamentales de los movimientos sociales y la posibilidad de atender a mecanismos causales distintos de las oportunidades políticas (Calhoun, 2001; Gould, 2004; Goodwin, Jasper y Polletta, 2001).

Se trata, pues, de rescatar un concepto y una orientación que habían quedado relegados en el estudio de los movimientos sociales (y podríamos atrevernos a afirmar que en el análisis sociológico en general) por el predominio de los modelos estructurales de décadas anteriores. Pero también hay quienes critican que la cultura *redescubierta* en los últimos años tienen un carácter fundamentalmente cognitivo, con escasa atención (de nuevo) a la emociones y las visiones morales (Jasper, 1997)<sup>15</sup>. De ahí que tan llamativamente Goodwin, Jasper y Polletta lo llamen «el retorno de los reprimidos»: ignoradas completamente por unos y pasadas por alto por otros, desde los años sesenta hasta los últimos años.

La mayoría de quienes se suman a esta labor de rescate de las emociones lo hacen concibiéndolas como culturalmente o socialmente construidas (a diferencia de otras perspectivas con mayor carga biológica o psicológico-individual, por ejemplo). Jasper indica que las emociones son parte de la cultura y, por tanto, que somos socializados (o no socializados) en determinados sentimientos y emociones de la misma manera que aprendemos (o no aprendemos) valores y creencias de la cultura local (Jasper, 1998: 398)<sup>16</sup>. Y aunque se exprese que el enfoque cultural es compatible con otros (Goodwin, Jasper y Polletta, 2001: 13), se enfatiza especialmente la necesidad de elaborar una aproximación *netamente sociológica* al estudio de las emociones en los movimientos sociales, un esquema coherente que no requiera de la *importación* de conceptos y enfoques *externos* al área de estudio ni tampoco «resucitar las viciadas perspectivas sobre las emociones que colorearon los análisis de la acción colectiva a lo largo de

los años sesenta» (Goodwin, Jasper y Polletta, 2000: 66).

Se trata, pues, de recuperar un elemento que invade todas las facetas de la vida social, movimientos sociales incluidos, de forma sistemática y, además, desprejuiciada en relación con la tendencia en las ciencias sociales a *hacer como si* las emociones y los comportamientos emocionales no existieran y, en todo caso, a relegarlas de la investigación social, la mayor parte de las veces apoyándose en premisas frágilmente sustentadas, como la irracionalidad de las emociones, que algunos trabajos recientes han tratado de desmontar.

#### 4. A VUELTAS CON LA RACIONALIDAD-IRRACIONALIDAD DE LAS EMOCIONES

El protagonismo de los modelos de la acción racional en el estudio de los movimientos sociales ha contribuido a apartar las emociones del debate académico, fundamentalmente por la conceptualización de éstas como irracionales y ajenas al instrumentalista esquema de medios/fines y cálculo de intereses. A todas luces ha sido equivocada e, incluso, injusta esa maniquea amplificación de la dicotomía racional-irracional en la que, digamos, las emociones han caído del lado desdeñable. Es hasta cierto punto comprensible la intención que está detrás de esa *expulsión emocional*, pues las teorías de la acción colectiva que adoptaron férreamente el modelo del actor racional lo hicieron, en parte, como correctivo a los modelos previos de la movilización de masas «que definieron despectivamente a los participantes como impulsivos, desviados irracionales que eran lanzados a la calle por fuerzas emocionales que superaban sus procesos de pensamientos racionales» (Gould, 2004: 161). Sin embargo, los autores que han liderado esta *recuperación de las emociones* en el terreno de los movimientos sociales rechazan con igual ímpetu esos modelos de análisis y, de

<sup>15</sup> Aunque, al mismo tiempo, se reconozca el papel fundamental del giro cultural en el renovado interés por las emociones en el terreno de los movimientos sociales. Por ejemplo, Goodwin, Jasper y Polletta (2000) señalan tres factores especialmente relevantes entre los numerosos motivos en los que basar ese *regreso* de las emociones: el ya mencionado «giro cultural», la reciente literatura sociológica que ha vuelto a escribir sobre el «yo» (incluida la crítica posmoderna al concepto de «yo» unitario) y lo que podríamos llamar un creciente *vuelco de género* (en cuanto a presencia de mujeres y también en relación con las perspectivas de género introducidas) en este campo de investigación.

<sup>16</sup> Al tiempo que señala las variaciones individuales de ese comportamiento *aprendido*, en esa tensión permanente que entraña el terreno de la cultura.

hecho, advierten de los riesgos de (volver a) ver a los participantes en los movimientos sociales como esos ingenuos, viscerales, no racionales ni razonables e informes individuos que conforman la masa.

Podemos afirmar, por otro lado, que se trata de un comportamiento no privativo del campo de estudio que aquí nos ocupa ni, algo más allá, de las ciencias sociales en general, sino que responde más bien a pautas de opinión y de valoración bastante extendidas. Como escribe Scheff, «los científicos sociales, como tantos otros en nuestra civilización, están demasiado avergonzados de las emociones como para darles una seria atención como elementos causales»<sup>17</sup>, de alguna manera «imitan la tendencia de las sociedades modernas a denigrar las emociones como lo opuesto de la racionalidad» (Jasper, 1998: 420). Explica Jasper (1998) que este *destierro* es particularmente cierto en el estudio de la acción política a nivel macro, en el que las emociones son fácilmente relegadas a un nivel «psicológico», supuestamente irrelevante para grandes fenómenos como los movimientos sociales. Podemos rastrear las razones de esta exclusión al hilo de la propia historia del liberalismo y de la modernidad, con la consecuente división entre esferas de lo público y lo privado. Y como indica Berezin: «el liberalismo y, por extensión, la democracia relegó la emoción a la esfera privada» (Berezin, 2001: 87)<sup>18</sup>. Un buen número de autores de distintas disciplinas han desafiado la dicotomía pensamiento/sentimiento y la equivalencia de lo emocional con lo irracional, argumentando en su lugar que sentir y pensar están inseparablemente entrelazados, siendo cada uno necesario para el otro. En lugar de ser un impedimento para el pensamiento, sentir es uno de los muchos modos en que las personas adquieren conocimiento y comprensión (Gould, 2004).

Podemos preguntarnos, como Jasper: «Las creencias pueden ser equivocadas, las emociones inapropiadas. ¿Pero irracionales?» (1998: 404). Como otros aspectos de la cultura, las emociones pueden ser vistas como un aspecto de todas las acciones y relaciones sociales. Acompañan, por tanto, tanto a actos racionales como irracionales. Están moldeadas por expec-

tativas sociales tanto como son resultado de personalidades individuales (Goodwin *et al.*, 2001). Gould (2004) ha puesto de manifiesto la forma en que las emociones son inseparables de los procesos políticos: moldean las nociones de la gente sobre lo que es políticamente posible o deseable. Escribe que «son un componente de todos los procesos interpretativos, afectando, por ejemplo, a cómo las oportunidades externas y las amenazas son entendidas y contestadas, cómo los recursos son situados y por qué un marco de acción colectiva triunfa o no. Las emociones son parte del sentido de una persona sobre sí misma y sobre su subjetividad política» (Gould, 2004: 162). Deberíamos, por tanto, reconocer que las emociones tienen efectos significativos en los movimientos, pero no sólo los que se derivan de un uso estratégico de éstas en la movilización (Gould, 2004) sino también para comprender aspectos centrales de la vida (y la *muerte*, podríamos decir) de un movimiento. Por supuesto que en ocasiones las emociones pueden prevenir la acción racional, pero la mayoría de las emociones (o los episodios donde intervienen las emociones) son parte de la acción racional, no su opuesto. Ahonda Jasper en algo que antes afirmábamos: si los procesos cognitivos y los valores morales son socialmente construidos, las emociones también lo son (Jasper, 1997). No son sensaciones internas sin repercusiones en el comportamiento (político, en este caso) de los individuos. Las emociones están constituidas por significados sociales compartidos, no por estados psicológicos automáticos e inconscientes.

Ceñirse, además, al estrecho esquema del cálculo de costes y beneficios, a la interpretación individualista de intereses, bajo el modelo del actor racional, resulta para muchos autores pernicioso para el estudio de un movimiento social y de los participantes en el mismo. Para Gould, esa asunción de la racionalidad produce una caricatura plana y delgada de los participantes, que no proporciona pista alguna para comprender por qué esa gente *desapasionada* podría en algún momento estar motivada para trastocar sus rutinas diarias y comprometerse con la acción colectiva (Gould, 2004). Continúa expli-

<sup>17</sup> Scheff, T. J. (1994): *Bloody revenge: emotions, nationalism and war*, Boulder, Westview Pres. Citado en Jasper (1998: 420).

<sup>18</sup> Berezin realiza un interesante trabajo sobre la represión de la «emoción política» con el auge del liberalismo y la (re)invención de nuevas pertenencias e identidades en los nuevos y viejos espacios políticos (como el estado-nación, por ejemplo). Véase Berezin, M. (2001).

cando Gould (2004) que aun asumiendo que los activistas y participantes de los movimientos sean actores racionales, en el más amplio sentido de la palabra, hagan cálculos sobre los costes y beneficios y elaboren estrategias para asegurar sus intereses, el *cómo* lo hacen no es tan evidente ni tan simple como suele afirmarse. Por eso la autora propone investigar en cada contexto concreto la forma en que los participantes en los movimientos sociales realizan esas evaluaciones, pues quizás «más útil que esa afirmación a priori y esa suposición de racionalidad es el reconocimiento de que las personas son mucho *más* que actores racionales» (Gould, 2004: 161); la introducción de las emociones permite una investigación más profunda de la motivación de los individuos, resultando en una comprensión más rica y más profunda de los movimientos sociales (*Ibid.*: 173). En definitiva, en esa labor de interpretación que llevan a cabo los individuos sucede mucho más que un mero cálculo racional y una ordenación de intereses individuales.<sup>19</sup>

##### 5. RESCATANDO EL PAPEL DE LAS EMOCIONES EN EL ESTUDIO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Llegados a este punto, debemos preguntarnos qué *ayudan* a explicar las emociones en el estudio de los movimientos sociales, en particular, y de la participación colectiva de los individuos en lo político, en general, qué las hacen relevantes en la investigación de la acción colectiva. Podemos afirmar que las emociones son parte integral de los comportamientos humanos, articulan en gran medida las trayectorias de los individuos y contribuyen a darles *sentido*. Así lo expresa Jasper (1997) al afirmar que las emociones no acompañan simplemente nuestros más profundos deseos y satisfacciones, sino que las constituyen, impregnando nuestras ideas, identidades e intereses. Según R. Collins son «el ‘pegamento’ de la solidaridad y lo que moviliza el conflicto» (Collins, 1990: 28).

Así de categórico se muestra Jasper cuando afirma que «no habría movimientos sociales si no tuviéramos respuestas emocionales a los desarrollos cercanos y lejanos» (Jasper, 1998: 405). Emociones de muy distinto signo como el orgullo o la indignación, pueden llevar y de hecho conducen a los individuos a tratar de articular sus intereses de forma colectiva y coordinada. El rol de las emociones en las fases de adhesión e incorporación a un movimiento social es muy significativo, aunque los *valedores de las emociones* en la investigación de los movimientos sociales destacan que donde realmente facilita e ilumina la investigación es en los *momentos* de desarrollo de sus actividades, es decir, en la propia sostenibilidad del movimiento (Goodwin *et al.*, 2001; Gould, 2004). De alguna manera, podríamos decir que hay emociones que *conducen* a la participación en un movimiento y otras que se *derivan* de la actividad en éste (entre otras).

En este sentido, Collins (2001) escribe que hay dos tipos de transformación emocional en los rituales colectivos<sup>20</sup>: uno implica la amplificación de la emoción inicial y el otro, la conversión de la emoción inicial en algo más. Y según Collins es ésta la emoción que construye la solidaridad entre los miembros y que hace al individuo sentirse más fuerte como miembro del grupo, es lo que él llama «energía emocional».

Jasper describe la importancia de las emociones en alentar o abrir a los individuos a la acción política, concentrándose sobre todo en los mecanismos que operan antes de que los individuos se vuelvan realmente activos. Una vez que una persona comienza a participar (en un movimiento, en este caso), es objeto de nuevos procesos sociales que le ayudan a formar y moldear sus emociones. Puede que sus intuiciones más básicas no se transformen en el curso de la protesta, pero con toda seguridad aparecerán ideas y expresiones más explícitas que colaboren a crear un lenguaje propio para describir sus objetivos y la forma de llevarlos a cabo (Jasper, 1997). Los movimientos sociales son, pues, un escenario distintivo en el que las emociones

<sup>19</sup> Véase Morán (1996: 20-22) sobre el cambio que supone para la noción de interés el adoptar algunos de los supuestos centrales del análisis cultural (en este caso, el que los significados son socialmente compartidos). Contrariamente a la explicación economicista e individualista que mantiene la teoría de la elección racional, se entenderían los intereses no como algo individual, sino como producto de relaciones sociales.

<sup>20</sup> Collins habla de «alta densidad ritual» en los movimientos sociales (a partir de lo que Durkheim llamaba «efervescencia colectiva» y «densidad moral»).



pueden ser creadas y/o reforzadas. Según Goodwin y sus colaboradores (Goodwin *et al.*, 2001), a diferencia de las emociones que crecen fuera de los esquemas morales ya existentes, como los sistemas religiosos o de ética profesional, las emociones creadas dentro de los movimientos sociales son intentos, a veces explícitos, de transformar visiones previas muy intuitivas en ideologías y propuestas explícitas. Los movimientos sociales juegan un papel fundamental en la (re)construcción de los universos políticos de los individuos, a través del propio proceso de aprendizaje que constituye la participación en el movimiento; y las emociones forman parte de ese proceso: son aprendidas y controladas a través de la interacción social, aunque nunca con una *efectividad*, digamos, completa (Jasper, 1998).

Entre las emociones generadas dentro del movimiento, Jasper (1997) distingue dos tipos: por un lado, las emociones *recíprocas*, referidas a los sentimientos desarrollados entre los miembros en el curso de su relación<sup>21</sup>; por otro lado, las emociones *compartidas*, sostenidas por un grupo al mismo tiempo, pero sin tener a los otros miembros del grupo como objetivo.

Al igual que contribuyen a explicar la emergencia o el desarrollo (la extensión, por ejemplo) de un movimiento, las emociones también ayudan a explicar su declive: podemos hablar aquí de frustración de expectativas o insatisfacción que conduzcan al abandono de la participación en el movimiento (incluso *retraerse* de la esfera pública); la envidia, los celos o la hostilidad entre los miembros pueden empujar a la separación del movimiento en diferentes grupos o, de otra forma, a la multiplicación de organizaciones (de movimiento social) que se erijan en representantes del mismo.

Algunos autores (Goodwin *et al.*, 2001) señalan otro aspecto importante en el que las emociones juegan (o pueden jugar) un papel esencial: ayudar a sostener el movimiento en sus fases menos activas. Sin duda, algunas emociones son enormemente efectivas para fortalecer un sentimiento de comunidad entre los miembros de un movimiento o un pequeño grupo de activistas (con los efectos que esto tiene, a su

vez, en la articulación de redes entre participantes y la construcción de identidades colectivas).

Como veíamos más arriba, algunos de los críticos de la teoría del proceso político han censurado que por las propias limitaciones del modelo, sus representantes se han refugiado casi en exclusiva en el estudio de la emergencia y declive del movimiento. La atención a las emociones que venimos señalando amplía la agenda de investigación hacia otros procesos de los movimientos sociales que han sido poco estudiados hasta la fecha, de la misma manera que no limita su mirada a las premisas del actor racional, proporcionando un acercamiento más certero a los motivos de las personas para participar en los movimientos sociales. Como expresa Gould (2004), prestar atención a la cultura emocional de los movimientos cuestiona la suposición que subyace en el problema del «free-rider»: que las personas son «maximizadores» de utilidad aislados.

## 6. TAREAS PENDIENTES

Para hacernos una idea más o menos precisa del grado de desarrollo empírico y madurez teórica y conceptual al que han llegado las propuestas por recuperar las emociones en el estudio de los movimientos sociales, podemos hacer nuestras unas palabras de Jasper (aunque requieran, quizás, algún añadido después). Según el autor, en los últimos años, «los sociólogos han redescubierto las emociones, aunque todavía deben integrarlas en mucha más investigación empírica más allá de la psicología social» (Jasper, 1997: 108). Éste es, probablemente, uno de los grandes escollos que las nuevas propuestas en torno a las emociones deben salvar para consolidar una aproximación sólida al estudio de los movimientos sociales. Y es que esa crítica podría ser extensiva a los propios autores a los que a lo largo de estas páginas nos hemos referido como *representantes* de esa tendencia. Se han hecho importantes esfuerzos por rescatar esa mirada, a todas luces de extraordinario interés, en el campo de los movimientos sociales, pero el desarrollo empírico de estas propuestas

<sup>21</sup> Podemos referirnos fundamentalmente a los lazos afectivos de amistad, amor, solidaridad y lealtad, entre otras emociones que pueden hacer surgir. Crean lo que Goodwin ha llamado «economía libidinal» de un movimiento. Véase Goodwin, J. M. (1997): «The libidinal constitution of a high-risk social movement: affectual ties and solidarity in the huk rebellion, 1946 to 1954», *American Sociological Review* 62: 53-69.

es, hasta la fecha, bastante deficiente y se requieren, además, mayores dosis de precisión para sistematizar un *magma* teórico y conceptual de innegable potencial.

El interés de estas aportaciones es, de alguna manera, la *cara* de la incorporación de nuevos conceptos a un área de estudio. La *cruz* es, sin duda, ese precio a pagar en forma de imprecisión, importación de conceptos desde otras áreas de estudio que, en ocasiones, no encajan perfectamente con el nuevo objeto y vaguedad conceptual que dificulta la construcción fiable de argumentos teóricos<sup>22</sup>. Como nos advierten Polletta y Amenta (2001), echar la vista atrás para recordar el *nacimiento* de nuevas ideas en el estudio de los movimientos sociales (a saber: recursos, identidad colectiva, marcos, redes, oportunidades políticas, entre otros) nos hace más cautos al observar que todas ellas trajeron consigo problemas analíticos, algunos de los cuales todavía queda sin resolver (por ejemplo, en relación con la discrepancia en la definición de algunos de esos conceptos). Pero, al mismo tiempo, es indudable el enorme potencial de la introducción de *nuevos* conceptos en *viejas* áreas de la sociología: para complementar (llenando huecos, digamos) teorías existentes o proporcionar diferentes y mejores explicaciones que aquéllas, pero también (y con especial interés) para ir *más allá*, para abrir nuevas líneas de investigación y abordar aspectos olvidados hasta entonces (Polletta y Amenta, 2001).

De alguna manera, pues, la tarea que con más firmeza deben abordar en el futuro inmediato los teóricos de las emociones en el campo de estudio que aquí nos ocupa es elaborar (también consensuar, en cierto modo) un marco o esquema general de análisis, fundamentalmente por dos importantes razones. De un lado, porque, como escriben Goodwin y Jasper (1999), «en los marcos dominantes no hay un lugar para las emociones»; las principales teorías de la acción colectiva no han conseguido incorporar buena parte de las dimensiones culturales, y en concreto las emociones, como parte de sus esquemas explicativos. De otro lado, por la necesidad de integrar con cierta sistematicidad lo que hasta

ahora ha sido un grupo de cosas muy diversas bajo un solo título (Goodwin *et al.*, 2000; Goodwin *et al.*, 2001). Al hilo del renacido interés por incorporar las emociones en los últimos años, algunos trabajos empíricos *han pecado* quizás en exceso de ser una aproximación *ad hoc* en torno a una emoción y a un escenario de estudio, en un afán por justificar sin muchos argumentos una perspectiva de análisis. De alguna manera, un buen número de autores estaría siendo víctima de la propia tendencia de los especialistas en movimientos sociales que, por ejemplo, Jasper y Goodwin habrían identificado y criticado previamente: la de fijarse en movimientos que *encajan* con sus concepciones teóricas previas.

La intención por evitar una pugna entre paradigmas, sobre todo fundada sobre la negación a erigirse como uno más, como *otro* modelo invariable con desmedidos afanes explicativos, no puede confundirse con la necesidad de sistematizar un *corpus* de conceptos y presupuestos teóricos en un marco general. Esa es una de las críticas principales que se han realizado a las aportaciones de Goodwin y Jasper fundamentalmente (Tarrow, 2004; Tilly, 2004). Siguiendo la crítica de Tilly (2004), al no permitirse que se apliquen modelos explicativos generales, los analistas de los movimientos sociales tan sólo pueden pretender describir y explicar instancias particulares de la confrontación política. De alguna manera, la explicación se convierte en interpretación: una reconstrucción afín a *mis* intereses teóricos de las orientaciones del actor. Tilly (2004) les acusa de no llegar más allá de (o, al menos, advierte del riesgo de este tipo de explicación) un «fundamentalismo fenomenológico» en la explicación de los procesos sociales (similar imputación les hace Tarrow) y les increpa por recurrir a la explicación tautológica según la cual *las personas hacen cosas porque tienen la propensión a hacerlas*, sin ofrecer un programa de explicación de esos cambios y comportamientos.

Aunque es cierto que estas aproximaciones teóricas se encuentran, todavía, apostando los cimientos de su propuesta, deberían poner un

<sup>22</sup> Aunque no es un riesgo menor las resistencias que cualquier nueva propuesta debe vencer de otras corrientes de estudio. En todos los campos académicos hay espacios de conflicto y pugna entre tendencias discrepantes difíciles (si no imposibles) de reconciliar, que buscan su legitimación y *hueco* de representación entre otras cosas a través de esa rivalidad. También para el campo de estudio de los movimientos sociales: véase Collins, R. (2001); y para una exposición más extensa de su planteamiento: Collins, R. (1998): *The sociology of philosophies*, Cambridge, Harvard University Press.

énfasis especial en evitar lo que han criticado insistentemente en torno a la teoría del proceso político: la desvirtuación del componente explicativo central, por un uso desmedido e inadecuado del mismo en todo tipo de contextos. En resumen, para evitar un proceso circular similar y no decir ahora «emociones» con la misma facilidad e inconsistencia con que otros antes dijeron, por ejemplo, «oportunidad política» en el desencadenamiento de la protesta o la emergencia de un movimiento social. Su perspectiva se vería ampliamente fortalecida con una especificación precisa de las condiciones en las que son susceptibles de ocurrir dinámicas emocionales concretas (Polletta y Amenta, 2001). Y en esa tarea se cruza otra dificultad metodológica que es preciso solventar en el futuro: la de conceptualizar las emociones en formas que pueden guiar y sustentar la investigación empírica.

Como concluyen Polletta y Amenta (2001), los teóricos de las emociones deben ser, simultáneamente, más cautelosos y más atrevidos en sus reivindicaciones. Por un lado, deben demostrar cómo sus teorías mejoran los modelos existentes al especificar las condiciones en las que tienen lugar los procesos alternativos que describen; sería conveniente que evitaran la circularidad y la invariabilidad de modelos anteriores.

Por otro lado, es preciso que sean más audaces en el desarrollo teórico del papel que juegan las emociones formando los presupuestos de los participantes en los movimientos sociales sobre estrategia, racionalidad e interés.

Podemos dar, por tanto, una calurosa bienvenida a este «retorno de las emociones» al estudio de los movimientos sociales, como muestra de todo lo que un análisis cultural de la política puede aportar en el futuro (y ya aporta) a nuestra disciplina. Por supuesto, siendo conscientes de los *cantos de sirena* de la novedad y la (consiguiente) imprecisión inicial, que a veces contribuyen a nublar un análisis crítico de planteamientos teóricos más arriesgados. En gran medida esa tarea que queda por hacer es también una invitación a la investigación en esta línea, lo que no puede dejar de ser aplaudido y, por supuesto, esperado en los próximos años. Pues no podemos hacer otra cosa que celebrar la incorporación de nuevas perspectivas de análisis en un campo de estudio que no siempre se ha mostrado permeable a la innovación teórica y metodológica. Quizás no sea un atrevimiento afirmar que una vez reconocidos el alcance y la importancia de las emociones, «el estudio de la política y de los movimientos sociales no volverá a ser el mismo» (Goodwin *et al.*, 2001).

## 7. BIBLIOGRAFÍA

- BEREZIN, M. (1994): «Fissured terrain: methodological approaches and research styles in culture and politics», en CRANE, D. (ed.): *The sociology of culture*, Londres, Basil Blackwell.
- (1997): «Politics and culture: a less fissured terrain», en *Annual Review of Sociology*, núm.23: 361-383.
- (2001): «Emotions and political identity», en GOODWIN, J., JASPER, J. M. y POLLETTA, F. (eds.): *Passionate politics: emotions and social movements*, Chicago, The University of Chicago Press.
- BONNELL, V. E. y HUNT, L. (eds.) (1999): *Beyond the cultural turn. New directions in the study of society and culture*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.
- CALHOUN, C. (2001): «Putting emotions in their place», en GOODWIN, J., JASPER, J. M. y POLLETTA, F. (eds.): *Passionate politics: emotions and social movements*, Chicago, The University of Chicago Press.
- COLLINS, R. (1990): «Stratification, emotional energy and the transient emotions», en KEMPER, T. D. (ed.): *Research agendas in the sociology of emotions*, Albany, SUNY Press.
- (2001): «Social movements and the focus of emotional attention», en GOODWIN, J., JASPER, J. M. y POLLETTA, F. (eds.): *Passionate politics: emotions and social movements*, Chicago, The University of Chicago Press.
- DARNOVSKY, M., EPSTEIN, B. y FLACKS, R. (eds.) (1995): *Cultural politics and social movements*, Philadelphia, Temple University Press.
- DIANI, M. y McADAM, D. (eds.) (2003): *Social movements and networks. Relational approaches to collective action*, Oxford, Oxford University Press.
- EMIRBAYER, M. y GOODWIN, J. (1994): «Network análisis, culture, and the problem of agency», *American Journal of Sociology* 99: 1411-1454.
- FREEMAN, J. y JOHNSON, V. (eds.) (1999): *Waves of protest. Social movements since the sixties*, Lanham, Maryland, Rowman & Littlefield Publishers.
- GOODWIN, J. (1997): «The libidinal constitution of a high-risk social movement: Affectual ties and solidarity in the huk rebellion, 1946 to 1954», *American Sociological Review* 62: 53-69.

- GOODWIN, J. y JASPER, J. M. (1999): «Caught in a winding, snarling vine: the structural bias of political process theory», *Sociological Forum* 14, n.1: 27-54.
- (2004): «Trouble in paradigms», en GOODWIN, J. y JASPER, J. M. (eds.): *Rethinking social movements. Structure, meaning and emotion*, Lanham, Maryland, Rowman & Littlefield Publishers.
- GOODWIN, J., JASPER, J. M., y POLLETTA (2001): «Introduction: Why emotions matter», en GOODWIN, J., JASPER, J. M. y POLLETTA, F. (eds.): *Passionate politics. Emotions and social movements*, Chicago, The University of Chicago Press.
- (2000): «Return of the repressed: the fall and rise of emotions in social movements theory», *Mobilization* 5(1): 65-82.
- GOULD, D. B. (2004): «Passionate political processes: bringing emotions back into the study of social movements», en GOODWIN, J. y JASPER, J. M. (eds.): *Rethinking social movements. Structure, meaning and emotion*, Lanham, Maryland, Rowman & Littlefield Publishers.
- JASPER, J. M. (1997): *The art of moral protest. Culture, biography and creativity in social movements*, Chicago, The University of Chicago Press.
- (1998): «The emotions of protest: affective and reactive emotions in and around social movements», *Sociological Forum*, Vol.13, 3: 397-424.
- (2004): «A strategic approach to collective action: looking for agency in social-movement choices», en *Mobilization*, 9 (1): 1-16.
- KOOPMANS, R. (1995): *Democracy from below: new social movements and the political system in West Germany*, Boulder, Westview Press.
- McADAM, D., McCARTHY, J. D., y ZALD, M. N. (eds.) (1996): *Comparative perspectives on social movements*, Cambridge, Cambridge University Press [*Movimientos sociales: perspectivas comparadas: oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, Istmo, Madrid, 1999]
- McADAM, D., TARROW, S. y TILLY, C. (2001): *Dynamics of contention*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MELUCCI, A. (1996): *Challenging codes. Collective action in the information age*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MEYER, D. S. (2004): «Tending the vineyard: cultivating political process research», en GOODWIN, J. y JASPER, J. M. (eds.): *Rethinking social movements. Structure, meaning and emotion*, Lanham, Maryland, Rowman & Littlefield Publishers.
- MORÁN, M. L. (1996): «Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural», en *Zona Abierta* 77/78: 1-29.
- MORRIS, A. (2004): «Reflections on social movements theory: criticism and proposals», en GOODWIN, J. y JASPER, J. M. (eds.): *Rethinking social movements. Structure, meaning and emotion*, Lanham, Maryland, Rowman & Littlefield Publishers.
- POLLETTA, F. (1998): «'It was like a fever...: Narrative and identity in social protest», *Social Problems* 45: 137-59.
- POLLETTA, F. y AMENTA, E. (2001): «Second than emotion?: Lessons from once-novel concepts in social movement research», en GOODWIN, J., JASPER, J. M. y POLLETTA, F. (eds.): *Passionate politics. Emotions and social movements*, Chicago, The University of Chicago Press.
- SNOW, D. A. y BENFORD, R. D. (2000): «Clarifying the relationship between framing and ideology», *Mobilization* 5(1): 55-60.
- TARROW, S. (1992): «Mentalities, political cultures and collective action frames. Constructing meanings through action», en MORRIS, A. D. y McCLURG MUELLER, C. (eds.): *Frontiers in social movement theory*, New Haven, Yale University Press.
- (1998): *Power in movement. Social movements and contentious politics*, Cambridge, Cambridge University Press [*El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Madrid, 2004].
- (2004): «Paradigm warriors: regress and progress in the study of contentious politics», en GOODWIN, J. y JASPER, J. M. (eds.): *Rethinking social movements. Structure, meaning and emotion*, Nueva York, Rowman & Littlefield Publishers.
- TILLY, C. (2004): «Wise Quacks», en GOODWIN, J. y JASPER, J. M. (eds.): *Rethinking social movements. Structure, meaning and emotion*, Nueva York, Rowman & Littlefield Publishers.
- ZALD, M. N. (2000): «Ideologically structured action: an enlarged agenda for social movements research», *Mobilization* 5(1): 1-16.